

La enfermera

Entrevista con Elvira Perpinyà, autora de *Di-versos*

«Si hay poetas que escriben bien y no dicen nada, es que no escriben bien.»

Este reportero descubrió en la universidad a la poeta urbana universal: infantil, optimista, niña, femenina, entrañable, sorpresiva, sensorial, hacendosa.

Gloria Fuertes (*Mujer de verso en pecho*) congelaba el tiempo a base de achuchones. Su método –a la par que simple, manifiesto– se entendía a la perfección: darles amor a las palabras de tal manera que cualquier cosa dicha (*mesa, melón, ajo, enjundia*) tuviera una reverberación mayor, que cada palabra latiera con sus vocales y sus consonantes bien abrigaditas, calentitas.

A Gloria Fuertes la conoció otra poeta igual de joven, igual de niña, igual de optimista: Elvira Perpinyà (Móra la Nova, Tarragona, 1954), que ha publicado *Di-versos* (Ediciones Carena, 2022).

«Gloria era tan tan divertida, algo así como la abuelita de todos. Me recibió con esa voz suya –aquel vozarrón grave de Leonard Cohen con el que se arrancaba: “Me-gustan-las-cometas...–, como si la conociera de toda la vida», recuerda Elvira. «A Gloria la fui a visitar a su casa de Madrid. La dirección [Alberto Alcocer, 42] me la había facilitado la poeta Renata Pallottini, con quien coincidí en São Paulo, donde viví diez años. Gloria me contó que había pasado hambre en la guerra, que había sido una niña muy pobre. Guardaba esas corbatas tan suyas, que por cierto le regalaba el rey [emérito, Juan Carlos I]. Luego, ella me vino a visitar a Barcelona, allá por 1994. La lleve al rompeolas, y repetía: “Es que si Madrid tuviera mar...”. Un día que paseábamos por el paseo de Gràcia y entramos en una librería la saludaron, sabían quién era, y eso le chocó. Dijo: “Anda, si me conocen”.»

Gloria Fuertes, que fallecería en 1998, le regaló a Elvira un ejemplar de su antología: *Historia de Gloria (Amor, humor y desamor)*. Con esta dedicatoria: «Para Elvira, amiga del alma que habla mi idioma. Con besos Fuertes. Gloria».

Elvira cogió el testigo de la poesía sencilla, que es la más difícil.

Enfermera de profesión, encontró huecos en el horario de la jornada laboral, y entre apósitos y pulsioxímetros, escribió versos borrachos, alegres.

«A mí lo que me gustaba eran las cartas, la correspondencia epistolar...»

Lo dice a su manera: «Yo era de cartas».

Se apuntó a un taller de literatura dirigido por la escritora Esmeralda Berbel (*Lo prohibido*) que luego se convirtió en un taller de poesía.

En el 2019, Elvira publicó *Poemaria*, una soberbia extensión de sus anhelos al modo del *Lizania* de Jesús Lizano.

Sus versos, cargados de mensaje, beben los vientos de los maestros existenciales, los rompetechos de los cincuenta: Goytisolo, Celaya, Blas de Otero...

«Escribo cuando me sale, pero cuando no escribo estoy angustiada. Cosas bonitas, no reflejo los desgarros del alma...», se psicoanaliza frente a un cortado descafeinado. Se define así, y tarda cinco segundos en pensárselo: «Soy una mujer. Sí, pon feminista. Procuro ser coherente. Me gusta gozar de la vida. Veo la botella medio llena. Busco la luz».

Busca la luz en un mundo «complicado y bruto».

La poeta Elvira Perpinyà, en «Agarrada a la vida»: «Te agarras a la vida como la hiedra se engancha a la pared».

La poeta Gloria Fuertes, en «No perdamos el tiempo»: «Poetas, no perdamos el tiempo, trabajemos, /que al corazón le llega poca sangre».

La cantante y poeta Olivia Rodrigo, en *Happier*: «I hope you're happy».

Jesús Martínez